



## La Denatalidad, causa profunda de la crisis económica

### I. La vida económica del mundo después de la Gran Guerra

Asistimos al espectáculo, inverosímil y único en la Historia; de un mundo enloquecido, empobrecido y en huelga, privado de viveres con los graneros repletos de trigo, junto a sus máquinas inactivas y silenciosas, a los depósitos llenos de cobre, de estaño, de plomo y de caucho, todo inutilizado.

Fresenciamos algo que contraría todas las previsiones de la pobre razón humana: en una época de seguros y de provisiones sociales, hemos visto al Brasil arrojar millones de bolas de café al mar; a Cuba quemar sus campos de caña de azúcar; al Canadá alimentar sus calderas con trigo: ¡la tonelada de trigo valía menos que una tonelada de aserrín!

¿Cuál es la causa de este formidable trastorno de la vida económica mundial? ¿Cuál la traba que entorpece el desarrollo del comercio y de la industria?

### II.— Superproducción.

Algunos economistas atribuyen a la superproducción de materias primas y de productos manufacturados, debida al aumento y perfección de las máquinas, la detención del trabajo de los hombres y la instauración de un estado de miseria general.

La Guerra Mundial y sus consecuencias provocaron la superproducción primero en Estados Unidos y luego en todos los otros países industriales. Durante el período de la neutralidad de Estados Unidos, la pérdida experi-

mentada de las fuentes ordinarias de suministros que venían del extranjero, trajo consigo la necesidad de la creación de importantes industrias y obligó a los norteamericanos a satisfacer integralmente por sí mismos las necesidades propias y las del mundo, en dominios para ellos hasta entonces inexplorados. Tal aconteció, por ejemplo, con los recipientes de vidrio para química y laboratorios, los instrumentos de cirugía, los productos de farmacia, el alcanfor sintético. De la guerra derivan todas las industrias químicas americanas, la tintorería, la producción de sustancias colorantes, de los derivados del alquitrán, de la potasa, del nitrato de torio. Antes de 1914, Alemania tenía el monopolio de las tinturas y de los colorantes; pero la industria textil americana habría peligrado por falta de colorantes. Se economizaron entónces, las tinturas, cambiando la moda y los tejidos; se utilizaron al máximo los colorantes naturales, y se importaron grandes cantidades de productos chinos. Los precios de los colorantes se tornaron fabulosos y estimularon a los inventores.

En 1916 la producción americana llegó a ser suficiente. En 1917 la producción americana equivalía a la importación del período anterior a la guerra.

Las necesidades de provisiones de guerra desarrollaron la producción del benzol, de la clorina, (para los gases asfixiantes), de la soda, de la acetona, de los ácidos sulfúrico, pícrico y nítrico.

Se comenzaron a explotar yacimientos minerales demasiado pobres para ser trabajados en tiempos normales (manganeso, zinc, etcétera). El número de las minas de manganeso explotadas era de 75 en 1913 y de 325 en 1918.

## A TRAVÉS DEL MUNDO

Al mismo tiempo, la demanda inusitada de productos de todo género en gran escala favorecía a las industrias instaladas. Las industrias textiles de la lana y del algodón tuvieron resultados insospechados. Los Estados Unidos se convirtieron en el centro mundial de la manufactura de sedas. Las industrias del hierro, del acero, del armamento marítimo, gozaron de una prosperidad inimaginables.

Toda la maquinaria del país fué transformada, mejorada, perfeccionada, para poder satisfacer la demanda siempre creciente de productos reclamados por el mundo en armas.

Después del armisticio, la necesidad de reparar las regiones devastadas, de restaurar la vida económica exhausta de las potencias europeas, brindó a los Estados Unidos la ocasión de continuar la exportación en gran escala y de desarrollar de un modo notable su instrumental industria. Durante ese tiempo la industria de los países beligerantes se reponía; poderosas máquinas reemplazaban los medios de producción anteriores a la guerra; la actividad económica del trabajo se intensificaba a fin de llenar el abismo cavado por la guerra que se había devorado más de cuatrocientos billones oro de riquezas. Una era febril de prosperidad agitó al mundo industrial: colonias encargadas de proveer materias primas vieron afluir grandes capitales. En la Bolsa, los valores de las empresas coloniales congolesas representaban en 1928 más de 42 billones para un capital realmente invertido de alrededor de cinco a seis billones.

A partir de 1928, la demanda de materias primas y de productos manufacturados, debida a un estado anormal de la situación mundial, comenzó a hacerse menos intensa.

Los comienzos de una crisis sin precedentes se anunciaban. En la Bolsa una baja rápida de los valores arruinaba a millares de especuladores. La crisis no hizo desde entonces más que acentuarse, y toda la vida económica construida sobre la base de una situación transitoria de la vida de los pueblos, quedó trastornada.

Pero ¿no hay una causa más primordial de toda esa crisis universal? La situación que describimos, planteada es cierto a raíz de la guerra, tenía sus raíces en el pasado, pero no constituía una formación espontánea brotada del humo de los cañones.

Una guerra o una revolución no detienen la marcha de los acontecimientos: los precipitan.

### III.— Denatalidad.

En el fondo, la crisis se desencadenó porque faltó el consumidor, es decir, el hombre, para absorber la produc-

ción. Los medios de subsistencia han aumentado, en efecto, siguiendo una progresión geométrica, mientras que la población no solamente no ha crecido según una tenue progresión aritmética, sino que en muchos países ha decrecido por voluntad expresa de los esposos.

El control de los nacimientos, que es en realidad la limitación de la natalidad, el Birth control, ha adquirido en todos los países y sobre todo en los anglo-sajones, una importancia considerable. Una propaganda intensa hecha por los diarios, los libros y revistas, y hasta por los congresos, las sociedades, las ligas y por las mismas clínicas médicas —donde los métodos anticoncepcionales son enseñados y practicados,— ha logrado un éxito considerable y duradero. El número de nacimientos ha llegado a ser tan reducido que la denatalidad amenaza con el desmoronamiento, a las principales potencias industriales y comerciales del mundo.

Antes de las leyes de inmigración de 1923, la población de Estados Unidos crecía anualmente de dos millones de individuos, la mayoría de los cuales eran consumidores completos. Desde esa fecha, el promedio anual descendió a 900.000 personas, la mayor parte de las cuales debía dejar pasar varios años para llegar a ser consumidores perfectos. En los Estados Unidos, donde los divorcios se cuentan por centenares de mil, el matrimonio voluntariamente estéril es cosa normal, de manera que el crecimiento de la población no es más que del 1,5 %. El aumento inevitable de la población de hombres de edad, encamina, pues, a los Estados Unidos hacia la situación de los países viejos. Al detenerse el aumento de la población, América queda aplastada por el crecimiento de la materia y del maquinismo.

En nuestro continente (Europa) donde la población había crecido rápidamente durante el siglo XIX, está actualmente en vías de regresión. Las estadísticas de los nacimientos fueron conservadas en la mayor parte de los países europeos por largo tiempo, y ellas indican que durante el período 1840-1890, el promedio de la natalidad en los países del Norte y del Oeste ascendía anualmente a 31,6 por cada mil habitantes.

Este promedio ha descendido ininterrumpidamente; está actualmente en menos de 20 por mil. En 1880 el término medio llegaba a cuatro hijos por familia, en los diez principales países de Europa. En la hora actual, exceptuando a Italia, ha descendido a un promedio de dos hijos por familia. Según el Anuario estadístico de Bélgica y del Congo Belga (XLIII, págs. 10-11): Alemania contaba en 1929 con 2,0 niños por familia; Austria 2,1; Bélgica 2,0; Dinamarca 2,3; España 3,9; Finlandia 3,0; Francia 2,0; Gran Bretaña 2,0; Hungría 2,7; Estado Libre de Irlanda 4,3; Italia 3,6; Luxemburgo 2,3; Noruega

## A TRAVES DEL MUNDO

2,7; Países Bajos 2,7; Polonia 3,2; Portugal 4,4; Suecia 2,2; Suiza 2,2; Checoslovaquia 2,3.

Como es menester que haya al menos tres hijos por familia para que una población no disminuya, se sigue de lo expuesto que el número de consumidores va en continuo descenso. Alemania, en el año 1900, tenía una fecundidad matrimonial de 286,1 hijos por cada mil mujeres casadas, en 1924 descendió a 146 y en 1929 no llega más que a 127,9 hijos por cada mil mujeres casadas.

Comparando con el año 1900, Alemania pierde cada año, a partir de 1926 (pues su natalidad está en continuo descenso) 159 hijos por cada 1000 esposas, vale decir, más de la mitad.

En 1900, Bélgica gozaba de una fecundidad matrimonial de 250 hijos por cada mil esposas; en 1924 esta fecundidad descendía a 160; a partir de 1924 pierde, pues, cada año 90 hijos por cada 1000 familias. ¿Qué digo? Desde 1924 la natalidad belga disminuyó más aún. Se puede estimar, sin temor de equivocarse, que desde 1926, Bélgica pierde por lo menos 100 hijos por cada 1000 esposas (comparando con el año 1900), y el ritmo de la disminución se acentuará más en el porvenir.

Bélgica contaba en 1872, 167.277 nacimientos sobre 5.175.037 habitantes; en 1913, 171.099 nacimientos; en 1920, 164.257; en 1930, 150.271 nacimientos sobre 8.091.604 habitantes.

Conocidas son las estadísticas de Francia, donde todos los años 600.000 niños dejan de nacer por causa del pecado de los esposos. ¡Anualmente los padres franceses rehusan dar la vida a mayor número de hijos que los soldados sacrificados en la batalla de Verdún!

Suponiendo que desde el armisticio las poblaciones de Bélgica y Francia hayan perdido, a causa de la infecundidad voluntaria, 900.000 hijos por año (cifra inferior a la realidad), puede estimarse en 11.200.000 el número de consumidores perdidos por los dos países desde el fin de las hostilidades. Hay que añadir a esta cifra aterradora los millones de niños que no alcanzan a nacer en Estados Unidos, en Alemania, en Gran Bretaña, en Noruega, en Suiza, en Austria, en Suecia. Estos países tienen un coeficiente de natalidad inferior al de Bélgica y Francia, comprobado en las estadísticas citadas por el P. Lemaire en su estudio: *La démographe belse et l'eugénique positive*.

Este descenso de la natalidad que detiene el crecimiento normal de la población, ¿no repercutirá, con el tiempo, sobre la vida económica del mundo, que está basada en la ley de la oferta y la demanda?

¿Para qué aumentar la producción de los bienes si disminuye la demanda por falta de consumidores?

### Presagios

Aun cuando la guerra no hubiese precipitado la decadencia de la raza blanca, la crisis se habría desencadenado tarde o temprano.

Una sencilla observación puede dejar entrever esta verdad. En muchos pueblos están en mayoría las familias que no tienen más que un hijo. Después de treinta años de existencia la familia se disuelve por la muerte de un cónyuge. Con ello un tercio de los consumidores ha desaparecido. Un tercio de los negocios viene, pues, a sobrar, y este desequilibrio acarrea una competencia violenta y desastrosa para el comercio. Los negocios disminuyen sus pedidos de productos. Y si este hecho se repite en la mayoría de las ciudades del mundo, el estancamiento de las materias primas y de los objetos manufacturados crea la superproducción. La producción del trabajo queda inmovilizada; los obreros son despedidos. Es la crisis.

Si el descenso de la natalidad continúa —y ello, es casi fatal en la raza blanca, que ha tomado esa orientación fácil y placentera; la mentalidad de los pueblos con respecto a la maternidad puede garantizar la infecundidad del porvenir— la crisis tiene que agravarse necesariamente.

Los efectos económicos de la depresión de costumbres y de caracteres se harán sentir cada vez más. Al disminuir de año en año el número de consumidores a pesar del progreso incesante de la técnica industrial y agrícola, aumentará el desequilibrio entre la producción y el consumo. Además, las necesidades de los consumidores se modificarán, porque, en razón de la decreciente natalidad, el número de habitantes jóvenes decrecerá mientras que aumentará el de los viejos. Habrá, pues, profundas modificaciones en los distintos mercados comerciales.

La infecundidad matrimonial voluntaria conduce al mundo industrial de la raza blanca a la ruina y a la muerte. Las generaciones que nos sigan tendrán que soportar cargas mucho más pesadas que las nuestras, porque estarán repartidas entre menor número de hombres.

La causa fundamental de la crisis no está, pues, en la organización económica del mundo moderno, sino que radica en el hombre mismo, que prefiere vivir la vida antes que dar la vida a nuevas generaciones.

Podemos, pues, en estas condiciones, prever la prolongación y la agravación de la crisis.

Dieudonné Rinçon,  
O. M. Cap.